Iron Hoof Soldiers

by clicplayer

Category: My Little Pony
Genre: Adventure, Crime
Language: Spanish
Status: In-Progress
Published: 2016-04-13 23:41:03
Updated: 2016-04-24 23:17:51
Packaged: 2016-04-27 18:31:21
Rating: M
Chapters: 2
Words: 10,175
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: Dust Showcase en un joven unicornio que, tras la muerte de su padre, decide unirse a la Iron Hoof, una subsecciÃ³n secreta del ejÃ©rcito que actÃºa libremente y en cuyas filas estÃ¡n los personajes mÃ¡s extraÃ±os que jamÃ¡s ha visto. Esta historia habla sobre los distintos puntos de vista de la violencia, como actÃºa sobre la gente, y lo que ocurre cuando no existen normas ni restricciones

1. Solo un becario

**SOLO UN BECARIO**

Hace unas pocas horas desde que pasÃ³ la medianoche, pero no me importa. Tan concentrado como estoy en mi proyecto, me da igual si no pego ojo en toda la noche. Me encantarÃa poder sentarme en la entrada del museo y observar el paisaje nocturno: el gigantesco cielo estrellado que suplanta poco a poco a las frÃas luces de los grandes rascacielos segÃºn avanza la noche, el fulgor anaranjado de las farolas del parque que se refleja en el blanco mÃ¡rmol de las paredes y columnas del museo metropolitano, los grandes Ã¡rboles que, tras un largo dÃa de ver pasar frente a ellos cientos de transeÃºntes, ahora parecen descansar mÃ¡s que de costumbre, los pequeÃ±os animales imposibles de ver a plena luz del dÃa, que ahora aprovechan la oscuridad para salir de sus escondrijosâ€¦ Desde luego, Manehattan es un lugar activo y bullicioso, mÃ¡s que ninguna otra ciudad que haya visto, pero el Central Park parece ser el Ãºnico lugar de esta metrÃ³polis que respira paz y tranquilidad, aÃºn a altas horas de la madrugada. PensÃ¡ndolo bien, tampoco es como si me viera obligado a quedarme aquÃ dentro, pero, aun quedÃ¡ndome bajo mi propia voluntad, una vocecilla en mi cabeza no hace mÃ¡s que gritarme que salga afuera a disfrutar de la fresca noche. Si tan siquiera tuviera una ventanaâ€¦ Aunque no puedo quejarme. Es asombroso como han habilitado esta sala para mÃ. Cuando me dijeron que me iban a meter en el cuarto de la limpieza, gran parte de las expectativas que tenÃa puestas en esto murieron, pero ni siquiera podÃa imaginar el resultado final. Una vez desmontadas las estanterÃas, el cuarto era

mucho mÃ¡s grande de lo esperado, y sÃ³lo aÃ±adiendo un amplio escritorio, unos archivadores y dÃ¡ndole un color mÃ¡s vivo, acabÃ³ quedando la perfecta estancia de trabajo. Seguramente, si cualquier otro se viera obligado a trabajar aquÃ-, demandarÃ-a al museo por negligencia laboral, pero para mÃ-, es sencillamente perfecto. Ni siquiera he tenido que traer el ordenador de mi casa, ellos mismos me han ofrecido uno. Es un poco viejo, y la pantalla es tan gruesa que casi ni cabe en el escritorio, pero funciona bien, y eso es lo importante. Lo bueno es que, lo que me falta de espacio en el escritorio, me sobra en la pared, y ya la he empapelado de arriba abajo con post its de todos los colores, recopilando informaciÃ³n acerca de mi investigaciÃ³n. En el poco tiempo que llevo aquÃ- de becario, ya he hecho de este cuartito mi espacio.

De pronto, un sonido de cristales rompiÃ©ndose resuena en el pasillo, amplificado por el silencio absoluto en el que se veÃ-a envuelto el museo. El corazÃ³n me da un vuelco y me quedo paralizado. Espero en silencio unos segundos, esperando exactamente no sÃ© a quÃ©. Puesto que decidÃ- quedarme toda la noche, el guarda nocturno se fue temprano, de modo que estoy totalmente solo en todo el edificio. Un sudor frÃ-o empieza a recorrer todo mi cuerpo, y pienso. Se ha debido romper una ventana. Seguro que han sido unos gamberros que llegaban de una fiesta y no han encontrado otro entretenimiento que lanzar pedradas al museo. Y en ese caso, que es el mÃ¡s probable, habrÃ¡n salido corriendo, de modo que seguro que no hay nadie ahÃ- fuera. Este pensamiento deberÃ-a reconfortarme, pero lo cierto es que ahora estoy mÃ¡s alterado que antes. Debo salir ahÃ- fuera y comprobar que ha pasado. Por mucho miedo que tengaâ€¦ Trago saliva, y me levanto poco a poco. MÃ¡s lentamente aÃºn, me dirijo hacia la puerta temblando como un flan. No quiero llegar a ella, pero como la sala es muy pequeÃ±a, en tres pasos ya estoy plantado frente a ella. Extiendo la pata y agarro el pomo. Lo giro muy lentamente, y empujo la puerta lo justo para ver el enorme pasillo blanco que hay al otro lado. Como me imaginaba, una de las enormes vidrieras, la mÃ¡s cercana, se ha roto y decenas de trozos brillantes de diferentes tamaÃ±os cubren una gran parte del suelo, y, como imaginaba, el pasillo estÃ¡ vacÃ-o. Respiro aliviado y me dispongo a cerrar la puerta, pero por el rabillo del ojo, distingo una sombra. Aterrado, trato de hacer memoria, intentando recordar alguna escultura o reliquia que estuviera situada en ese punto. Pero sÃ© que es en vano. AhÃ- hay alguien. De pronto, donde al principio parecÃ-a haber una sola sombra, ahora hay dos, tres, y hasta cuatro. Suelto un pequeÃ±o grito ahogado. Me va a dar un infarto. De pronto todas las siluetas negras se giras hacia mÃ-. Me han visto. Entonces, la mÃ¡s cercana se dirige hacia mÃ-. Es grande. Mucho mÃ¡s grande que yo, que estoy encogido sobre mÃ- mismo. Cuando estÃ¡ a unos pocos metros, distingo unos reflejos anaranjados en un objeto negro que lleva con Ã©l. Es un arma. Un pequeÃ±o fusil militar. Quiero huir, esconderme o gritar, pero no puedo. Estoy paralizado. Empiezo a hiperventilar y mis mejillas se llenan de lÃ¡grimas de puro terror. La figura estÃ¡ justo delante de mÃ-. Sin hacer el mÃ¡s mÃ-nimo ruido y moviÃ©ndose con la frialdad de una mÃ¡quina, alza su arma sobre mi cabeza, e instintivamente cierro los ojos. Siento un fuerte golpe encima de la sien derecha y caigo al frÃ-o suelo.

Poco a poco se me empieza a aclarar la vista. Pese al reciente golpe, no siento ningÃºn dolor en la cabeza, pero me siento mareado y confuso. El cuerpo se me balancea de un lado a otro y eventualmente, doy pequeÃ±os botes. Debo de estar en un vehÃ-culo. Lo Ãºnico que se oye es el leve ruido del motor. De repente, me siento consciente.

Puedo pensar y moverme, y lo primero que hago es, instintivamente, levantarme de un salto de donde estoy sentado, pero no lo consigo. Escucho el tintineo del metal y un terrible frÃ-o en mis patas. Tengo las muÃ±ecas y los tobillos esposados y unidos al asiento con cadenas. Estoy en lo que parece ser la parte de atrÃ¡s de un gran vehÃ-culo, pero por el color y la disposiciÃ³n del interior, parece un camiÃ³n militar. Sentados hay, en total, cuatro sujetos, pero en especial me fijo en dos de ellos. Justo en frente de mÃ-, un terrestre me mira fijamente, con el cuerpo inclinado hacia adelante y los codos apoyados en las rodillas. Parece tener bastante edad, puede que seiscientos o seiscientos cincuenta. Su piel es de un tono beis muy claro, casi blanco, de un tono muy parecido a su pelo, pero este es mÃ¡s bien grisÃ¡ceo, y muy corto. Tiene un espeso bigote del mismo color, que oculta casi por completo una pequeÃ±a sonrisa amigable. Sus ojos, tambiÃ©n grises y cansados, se veÃ-an empequeÃ±ecidos por unas espesas y arqueadas cejas, por no hablar de la gran cantidad de marcadas arrugas que le cubrÃ-an la cara, la mayorÃ-a provocadas por su sonrisa. En general, su cara inspira tranquilidad, como si quisiera evitar que me alterara despuÃ©s de lo ocurrido. De cuello para abajo lleva una especie de traje negro de cuerpo entero, hecho de un material parecido al neopreno. Entonces dirijo mi mirada al pegaso que se sienta a su izquierda, apoyado en la pared con un tono dÃ©spota y los cascos detrÃ¡s de la cabeza, pero con una mirada fija y curiosa. Este es mucho mÃ¡s joven que el terrestre. Su piel es naranja claro, a diferencia de su melena, que es mÃ¡s bien un tono ocre, y la lleva corta y despuntada, concentrÃ¡ndose casi toda la masa de pelo en su flequillo. Es un estilo bastante parecido al mÃ-o, con la diferencia de que el mÃ-o es negro y de que Ã©l tiene dos pequeÃ±as trenzas, una mÃ¡s larga que la otra, cayÃ©ndole cerca del ojo izquierdo. Tiene pinta de ser bastante delgado, pero atlÃ©tico, y no lo sÃ© muy bien por su postura, pero creo que es mÃ¡s alto que yo. Los otros dos extraÃ±os estÃ¡n a mis lados, y son tan altos que no puedo verles bien la cara. Todos llevan la misma extraÃ±a ropa que el primero.

Se lo que pretenden. Quieren relajarme. EstÃ¡n en tono desenfadado para hacer que me tranquilice, pero no lo consiguen. Quiero desaparecer de aquÃ-. Recuerdo lo sucedido hace un rato, y siento que me va a estallar el pecho. Esta pequeÃ±a pausa en la que el extraÃ±o escruta cuidadosamente cada parte de mi cuerpo se me hace eterna, y mis pupilas se mueven como locas, atisbando cada pequeÃ±o detalle del lugar, buscando algo, pero no sÃ© el que. Tal vez una cÃ¡mara oculta. En mi desesperado rastreo, me detengo de nuevo en otro detalle de la estancia que no hace mÃ¡s que ponerme mÃ¡s nervioso, si fuera posible. En el suelo, a escasos centÃ-metros de mis cascos, descubro las armas de fuego que portaban mis secuestradores. Si las observara en una foto o a travÃ©s de una pantalla, no me parecerÃ-an nada mÃ¡s que objetos. Objetos negros, frÃ-os e inertes, pero ahora mismo me parecen mucho mÃ¡s que eso. Casi como si tuvieran vida. Peligrosos y errÃ¡ticos, como si fueran a dispararse en cualquier momento. Como perros de presa esperando el momento mÃ¡s oportuno para sorprender a su vÃ-ctima. Son tan... reales. Como si de pronto tomara consciencia sobre el peligro de las armas, pese a las tristes noticias que se repiten dÃ-a tras dÃ-a en televisiÃ³n. Nunca las habÃ-a tomado en serio, y ahora estar cerca de ellas me aterra.

-Dust Showcase, Â¿cierto?

La voz del anciano, grave pero familiar, rompe repentinamente el silencio. Espero sobrecogido un momento, y luego asiento con la

cabeza, sin atreverme a emitir sonido alguno. Saben cÃ³mo me llamo. De modo que esto no ha sido algÃºn tipo de secuestro aleatorio, sino que sabÃ-an desde el principio a por quien iban, y ese soy yo. No sÃ© si eso deberÃ-a reconfortarme o preocuparme.

-No tienes porque tener miedo, no vamos a hacerte ni un rasguÃ±o. Esto no es un secuestro ni nada por el estilo. Es mÃ¡s, me atreverÃ-a a decir que te hemos salvado la vida. â€“ sonrÃ-e el anciano, pero de pronto, su mueca amigable se trunca y se pone serio- Â¿El nombre de "Gourde Rupee" te dice algo?

Casi todo mi miedo se convierte en curiosidad. Conozco ese nombre, pero dentro de mi cabeza suena como un susurro lejano. Un conjunto de sonidos que recuerdo vagamente y que no he oÃ-do tanto como deberÃ-a. Tras otros segundos en silencio, respondo:

-Era mi padre. No se por que le necesitan o de que le conocen, peroâ€¦ ha fallecido en un accidente de trÃ¡fico. El martes de la semana pasada.

Esto lo he dicho con la frialdad de un reportero anunciando las noticias, no como un hijo que ha perdido a su padre recientemente. Pero no es de extraÃ±ar. En los Ãºltimos diez aÃ±os solo habrÃ© visto a mi padre cinco veces, y nunca mÃ¡s que una semana. No sÃ© de que conocerÃ¡ esta gente a mi padre, pero la noticia no parece haberles sorprendido lo mÃ¡s mÃ-nimo. ContinÃºan mirÃ¡ndome con la misma cara unos segundos, y luego el mÃ¡s viejo cierra los ojos y suspira.

-No sÃ© cÃ³mo voy a decir estoâ€¦ Y eso que ya lo tenÃ-a decidido -dice pensativo- Gourde no era contable, como tÃº creÃ-as. Dicho rÃ¡pido y mal, digamos que era unâ€¦ soldado.

Silencio. De pronto la curiosidad se escapa entre mis cascos y recuerdo. Recuerdo que me han sacado del museo mÃ¡s importante del mundo a altas horas de la madrugada y que me estÃ¡n llevando esposado a no sÃ© donde. Quiero dar por finalizada la conversaciÃ³n aquÃ-. Lo que dice no tiene ningÃºn sentido. Pero no puedo simplemente callarme. Sigo hablando, pero tartamudeo, me cuesta respirar y noto como el sudor me brota de la frente.

-E-eso no tiene ningÃºn sentido. Â¿Mi padre soldado? No estaba en forma para eso.

-Bueno, a penas lo veÃ-a. Â¿CÃ³mo puede saber eso? â€“Responde Ã©l-.

-Peroâ€¦ en el caso de que lo fuera, Â¿Por quÃ© iba Ã©l a ocultÃ¡rmelo? A mÃ- y a mi madre. No tenÃ-a motivosâ€¦

-Su madre ya lo sabÃ-a. Y si no se lo decÃ-a era por el hecho de que no pertenecÃ-a a cualquier categorÃ-a. Estaba en una secciÃ³n especial, dedicada a soldados de rango excepcional y que es alto secreto.

Ya no encuentro excusas. SÃ© que lo que me estÃ¡ contando no tiene sentido, Â¿pero cÃ³mo refutarlo? Es difÃ-cil defender a alguien a quien casi no conocÃ-a, pero sÃ© que no es cierto. Y si lo esâ€¦ entonces lo poco que sabÃ-a de mi padre no es cierto.

-Supongamos que lo que estÃ¡ diciendo es ciertoâ€¦ Entonces, Â¿QuÃ©

querÃ©is de mÃ-? Y mÃ¡s aÃºn, Â¿Por quÃ© me estarÃ-as rebelando la existencia de una secciÃ³n del ejÃ©rcito supuestamente "secreta"?

-Si se lo he dicho es porque he pensado que merecÃ-a saber Ã©l por que le vamos a hacer esto. â€“MirÃ³ al suelo un momento y luego a mÃ- otra vez, con un rostro sombrÃ-o, y un escalofrÃ-o me recorriÃ³ todo el cuerpo. â€“Nos vemos obligados a introducirle en el programa de protecciÃ³n de testigos.

-Â¡Â¿QuÃ©?! Â¡Â¿Por quÃ©?! â€“Grito asustado de repente. Â¿De modo que me van a sacar de mi vida y me van a mandar a un paÃ-s aleatorio? Â¿Me van a cambiar el nombre y voy a tener que rehacer mi vida desde cero? Pero lo mÃ¡s importante, Â¿De verdad estoy en peligro?

-VerÃ¡â€¦ A los soldados alistados en el puesto de su padre se les aconseja no tener hijos. En el caso de que alguno decidiera tenerlos, tras la muerte del agente irÃ-amos en busca de su primogÃ©nito para alistarlo en el cuerpo. Solo, obviamente, en el caso de que el hijo o hija hubiera recibido la preparaciÃ³n necesaria para entrar en el grupo de Ã©lite. Pero esta costumbre ha provocado que ciertos grupos, de los que no darÃ© detalles, decidan encargarse del futuro agente antes de que pueda resultar una amenaza, de modo que, tras la muerte de su padre, usted se convirtiÃ³ en un posible objetivo, de modo que le estuvimos vigilando desde entonces. Anoche descubrimos indicios de que el susodicho grupo criminal podrÃ-a efectuar su ataque contra usted esta misma madrugada. HabrÃ-a sido fÃ¡cil para ellos fingir que fue un intento fallido de robo de piezas de arte, y que usted fue asesinado tras encontrar a los ladrones en acto. De modo que entramos y le salvamos antes de que sucediera ninguna desgracia, pero, por mala fortuna, tendremos que internarlo en el programa de protecciÃ³n de testigos por precauciÃ³n.

Un largo silencio. De modo que debe ser cierto. Mi padre, Gourde Rupee, del que solo sabÃ-a que trabajaba de contable y que siempre estabas de viajes de negocios, resulta ser un soldado de un grupo de Ã©lite. Y no solo eso, sino que por ello he estado en peligro desde entonces. Dudo que a partir de ahora pueda caminar tranquilo por la calle sin la sensaciÃ³n de que alguien me estÃ¡ espiando.

-Ya falta poco. â€“ContinÃºa- Cuando lleguemos se subirÃ¡ en un camiÃ³n y no harÃ¡ preguntas. LlegarÃ¡ a su objetivo por la noche. En cuanto nos sea posible le mandaremos su equipaje. MaÃ±ana, sobre las doce, le llamarÃ¡n al telÃ©fono. AhÃ- serÃ¡ cuando pueda hacer todas las preguntas que quiera.

-Quiero alistarmeâ€¦ -De pronto, todos los presentes me miran fijamente. Debo de haberlo dicho en voz alta. Pero sÃ-, tras un rato reflexionando sobre el tema, esa es mi conclusiÃ³n. Creoâ€¦ Ni siquiera yo lo seâ€¦ -Quiero decir queâ€¦ No sÃ© nada sobre mi padreâ€¦ A penas lo he visto en toda mi vida, y ahora lo que creÃ-a saber sobre Ã©l es mentiraâ€¦ No me extraÃ±arÃ-a que ahora me dijera que "Gourde Rupee" ni siquiera era su verdadero nombre. Al parecer, Ã©sta es su vida. Una vida que desconocÃ-a de Ã©l por completo. Y, sea como sea, es la vida que eligiÃ³ en vez de a mÃ-. No puedo irme asÃ- ahora. No podrÃ© dormir tranquilo nunca mÃ¡s mientras no sepa nada sobre aquel hombre que decÃ-a ser mi padre. Usted me decÃ-a que solÃ-an alistar a los hijos de los agentes. Pues yo quiero alistarme. Necesito saber mÃ¡s sobre su mundo.

Otro pequeÃ±o silencio. El pegaso me mira muy sorprendido, y el terrestre intenta esconder una sonrisilla, pero consigue volver a ponerse serio.

-Va a ser muy duro. Y peligroso. Â¿EstÃ¡s seguro?

Ese pequeÃ±o Ã©nfasis en la palabra "muy" me hecha un poco hacia atrÃ¡s, pero no me importa. Mis deseos de respuestas se combinan con un extraÃ±o entusiasmo y nervios, haciendo un incÃ³modo hormigueo en mi estÃ³mago. Ya he tomado una decisiÃ³n, y ahora mismo me siento mÃ¡s determinado que en toda mi vida. Me da igual que reto se me ponga por delante. Ahora mismo me siento invencible.

-SÃ, estoy seguro.

Una pequeÃ±a pausa y el terrestre agarra un walkie talkie de un bolsillo que hasta ahora no habÃa visto.

-Cambio de planes. Volvemos a la _Iron Hoof._

6 AM

Ahora vamos sobre tierra. Noto la pequeÃ±a dificultad que tienen las ruedas al girar sobre la arena, y los tumbos que da el vehÃculo con los constantes baches y las piedras. No sÃ© cuÃ¡nto tiempo llevo aquÃ, porque creo que me he dormido. Finalmente, el vehÃculo frena. Todos los presentes agarran sus armas del suelo y se ponen en pie. El terrestre deja escapar un largo suspiro, seguido de un: "ya hemos llegado" y acompaÃ±ado de una pequeÃ±a sonrisa. La puerta trasera del camiÃ³n se abre y deja entrar un intenso brillo blanquecino y un calor sofocante que me abraza la cara y no me deja respirar. Por unos momentos no soy capaz de ver nada, pero cuando mis ojos se acostumbran a la luz, lo que veo me paraliza. Hasta donde alcanza la vista, no se observa mÃ¡s que un enorme desierto. Una colosal extensiÃ³n de polvo y rocas rojas, donde el Ãºnico signo de civilizaciÃ³n es el difuso camino por el que hemos venido, ligeramente mÃ¡s claro que el resto de la tierra seca e infÃ©rtil que se extiende hasta el infinito.

SabÃa que no debÃa creerme nada de lo que me dijeran. Me han traÃdo aquÃ, en mitad de la nada, donde me matarÃ¡n o me abandonarÃ¡n a mi suerte, donde los Ãºnicos que tendrÃ¡n constancia de mi muerte serÃ¡n los buitres que se alimenten de mi cadÃ¡ver. Quiero correr lo mÃ¡s rÃ¡pido posible, pero sÃ© que no servirÃa de nada. Ellos tienen armas, y ademÃ¡s no me responden las patas.

Todos se bajan del vehÃculo y se colocan mirando hacia la parte delantera. Temeroso, salgo y sigo la lÃnea de sus ojos, y todo mi miedo se convierte en asombro. En direcciÃ³n contraria a donde estaba mirando, se alzan las colosales vallas de un gigantesco recinto, perecido a una base militar. Desde donde estoy puedo ver un par de edificaciones al fondo, ademÃ¡s de un gran aparcamiento, hangares que van des del tamaÃ±o de un garaje hasta el de un campo de fÃºtbol, y largas pistas de despegue cual si fuera un aeropuerto, con su torre de radio incluida. Pero sobre todo destaca, en el centro exacto del gran recinto, un enorme rascacielos cuya fachada estÃ¡ totalmente recubierta de ventanales negros, y en la cima de este, un extraÃ±o sÃmbolo plateado: Un casco visto de frente y con una corona de laureles a su alrededor. Los ya de por sÃ cegadores rayos del sol,

revotan en la colosal fachada del edificio, haciÃ©ndolo parecer un pilar hecho de luz pura que se eleva sobre el vasto yermo. Entonces, otro brillo similar al del edificio me llama la atenciÃ³n de reojo. MÃ¡s allÃ¡ del vallado, en direcciÃ³n opuesta al camino, un mar de focos, similar al reflejo del sol sobre la superficie del agua tranquila, ocupa una colosal extensiÃ³n de planicie. Son paneles solares.

Parece mentira que semejante construcciÃ³n pueda existir en un lugar tan aislado y recÃ³ndito, tan alejado de la civilizaciÃ³n. En especial por la gran torre central, que parece haber sido arrancada directamente del centro de Manehattan para ser plantada en este desierto.

-En fin, tengo trabajo que hacerâ€¦ Â¿Te importa enseÃ±arle las instalaciones, Barret? â€“Dice el viejo con una sonrisa, dirigiÃ©ndose al pegaso.

-Â¡Por supuesto! Â¡Estoy deseÃ¡ndolo! â€“Responde con un tono desenfadado y animado. El terrestre se monta en el camiÃ³n de nuevo, este se dirige a la entrada, protegida Ãºnicamente por una garita con valla levadiza. El vehÃ-culo gira a la izquierda y se dirige a uno de los hangares.

â€“Bien, como ya habrÃ¡s oÃ-do, yo soy Barret Bolt. El viejo es Rebel Founder. AquÃ- es el mandamÃ¡s, pero tampoco hace falta hacerle mucho caso. Por cierto, siento lo del golpe en la cabeza.

De modo que Ã©l fue el que me golpeÃ³. Aunque no me duele nada, froto la zona afectada y noto un gran chichÃ³n. Habla de manera muy animada y con una sonrisa mayor aÃºn que la de Rebel. Se nota que quiere caerme bien, aunque ahora mismo presto mÃ¡s atenciÃ³n al colosal recinto que a sus palabras.

-No hay mucho que necesites saber. Los dos edificios de la esquina inferior derecha son un gimnasio y una pequeÃ±a cafeterÃ-a, respectivamente. A la izquierda no hay mÃ¡s que aparcamientos, y arriba sÃ³lo hay hangares, helipuertos y la pista de despegue. Pero el edificio que a ti te interesa ahora el del centro. Es algo asÃ- como un hotel. AhÃ- se alojan los agentes. Bueno, al menos de la planta veinte a la treinta. El resto estÃ¡n vacÃ-as o se usan para almacenaje. Tu habitaciÃ³n serÃ¡ la 259, la que era de tu padre. AhÃ- seguro que te sientes a salvo. En el piso 29 solo estÃ¡ la "creme della creme" de la Iron Hoof. Bueno, Â¡vamos a enseÃ±Ã¡rtela!

El corazÃ³n me ha dado un vuelco al oÃ-r que iba a alojarme en la habitaciÃ³n de mi padre. Espero que allÃ- haya algo que me diga algo sobre Ã©l.

Casi todo el recinto de la Iron Hoof estÃ¡ asfaltado, pero no con un color negro oscuro, como si se acabara de estrenar. MÃ¡s bien es un tono grisÃ¡ceo claro y lleno de marcas de neumÃ¡ticos, por no hablar de la fina capa de arena que cubre inevitablemente todo el pavimento. Espero que es espectÃ¡culo mejore al llegar al edificio negro, pero solo con acercarse es obvio que no. La entrada tiene pinta de haber sido la bulliciosa recepciÃ³n de un prestigioso hotel, pero ahora estÃ¡ en ruinas. Todos los cristales de la vidriera estÃ¡n destrozados, y los fragmentos de cristal aÃºn descansan en el mismo lugar que el dÃ-a que se rompieron. Esto ha hecho que toda la recepciÃ³n estÃ© llena de arena, que ha acabado por descolorir la

moqueta granate, que en ciertas partes estÃ¡ notablemente deshilachada, o directamente, arrancada de cuajo. Los azulejos verde espuma de mar de la pared tambiÃ©n han sufrido grabes daÃ±os. Muchos estÃ¡n agrietados o extraviados, dejando a la vista la pared blanca y sucia de detrÃ¡s. Justo en frente hay una especie de mostrador vacÃ-o, y a ambos lados de este, un par de grandes ascensores, tambiÃ©n sucios y con los espejos agrietados. La atmÃ³sfera es deprimente, pero nada mÃ¡s entrar, me llega un soplo de aire frÃ-o acompaÃ±ado del caracterÃ-stico sonido del motor de un aire acondicionado. Al menos no pasan calorâ€¦ Nos metemos en el ascensor de la izquierda, que directamente carece de espejo, y subimos en silencio hasta el piso 29. Las puertas se abren con un pitido y me demuestran un largo pasillo recubierto de azulejos. Nada mÃ¡s salir del elevador, a pata derecha hay una puerta que lleva a unas duchas, que aparentemente deben compartir todos los del piso, y a pata izquierda estÃ¡ la habitaciÃ³n 253. Aparentemente hay nueve por piso. Salimos del ascensor, y descubro que incluso aquÃ-, el suelo estÃ¡ lleno de granos de arena. Los oigo crujir bajo mis cascos a cada paso que doy. Las puertas son todas iguales, a excepciÃ³n del pequeÃ±o cartel que informa del nÃºmero de la misma. En el fondo del pasillo, se abre un amplio balcÃ³n que da a la colosal planicie rojiza. Entonces, una colosal figura en el horizonte me llama la atenciÃ³n. Parecen ser los restos de un gran barco. Un colosal carguero del que ya solo queda un amasijo de hierros repleto de herrumbre y que deja al descubierto las grandes costillas expuestas del navÃ-o. Puesto que estÃ¡ en direcciÃ³n contraria a la Iron Hoof, no caÃ- en Ã©l antes, pese a su colosal tamaÃ±o y a estar a penas a un kilÃ³metro de distancia. Â¿Significa esto que esto no es un desierto, sino la antigua cuenca de un lago o un mar seco? Tras fijarme mejor, observo esparcidos por la llanura los restos podridos de pequeÃ±os veleros o barcos pescadores, confirmÃ¡ndose asÃ- mi teorÃ-a. Este es un lugar muy curioso.

-Bueno, por desgracia yo no voy a ser tu "tutor personal". Rebel le ha encargado el trabajo a otro pony. â€“Dice mientras se detiene frente a la puerta 261, la mÃ¡s cercana al balcÃ³n, en el lado izquierdo del corredor. La puerta no estÃ¡ cerrada del todo, y con darle un pequeÃ±o empujÃ³n, Barret la abre de par en par.

La estancia es bastante grande. Las paredes son estucadas y blancas, aunque la suciedad las ha ennegrecido. Solo hay una ventana, pero es tan grande que ocupa casi media pared. Los Ãºnicos muebles que llenan el espacio son una cama pequeÃ±a y deshecha y un pequeÃ±o armarito, que mÃ¡s bien es una mesita de noche, en la esquina superior izquierda. En el suelo, a su alrededor, hay varias prendas de ropa arrugada. Todo lo demÃ¡s son mÃ¡quinas de ejercicio. Cintas de correr, pesas, barras fijas, bicis estÃ¡ticas, punching ballsâ€¦ Y, en el centro de la sala, de espaldas a ellos, alguien haciendo flexiones en una barra. Es una hembra, con un tono de piel grisÃ¡ceo oscuro y una melena negra azabache recogida en una coleta, que se asemeja mucho a su cola. Solo va vestida con una camisa de tirantes blanca y holgada, de la que asoman dos pequeÃ±as alas. EstÃ¡ empapada en sudor, y se nota el esfuerzo titÃ¡nico que debe hacer para elevarse sobre la barra. Le tiemblan las patas, pero aun asÃ- continua a un muy buen ritmo. Parece que ni siquiera sabe que estamos en la puerta. De entre sus apretadas mandÃ-bulas suena un ligero quejido a cada flexiÃ³n, contando, tal vez. No llego a escuchar el nÃºmero que dice, pero sin duda tiene tres cifras.

Barret hace un ligero carraspeo, y la extraÃ±a se detiene. Sin bajar

de la barra, nos hecha una rÃ¡pida mirada por encima del hombro, y luego continÃºa con su entrenamiento.

-Â¿Que estÃ¡s haciendo en mi habitaciÃ³n? â€“Dice con voz amarga y extraÃ±a rudeza.

-Este es Dust Showcase, el hijo de Gourde.

La pegaso se detiene en seco. Baja de la barra y viene casi corriendo hasta mÃ-. Ahora que estÃ¡ a mi altura veo que es bastante bajita. Un par de centÃ-metros menos que yo. Me observa en silencio un buen rato, con unos ojos de tono Ã¡mbar muy abiertos. Me escruta de arriba a abajo. Prestando especial atenciÃ³n en mi cuerno, y luego en mi cutie mark, que es un reloj de arena junto a un pergamino enrollado con un lazo azul. En ese momento, bajo mi vista y aprovecho para ver la suya: Un cuchillo de combate, parecido al que usan los marines, envuelto en un cinturÃ³n negro.

-Â¿QuÃ© eres? Â¿Historiador o algo asÃ-? â€“Dice al fin rompiendo un silencio que se me hacÃ-a eterno. Tengo que responder, pero me tiembla la voz y tartamudeo.

-B-bueno, algo asÃ-. Soy becario en un museoâ€¦ Pero me apasiona la historia.

Me mira confusa.

-Â¿A tu edad? Â¿y aÃºn no tienes trabajo? â€“Tanto su voz rasposa como su mirada penetrante me imponen mucho respeto. Tanto, que me alegro de que Barret responda antes que yo.

-El chico lleva toda la vida estudiando. Tiene un par de carreras y unos cuantos masters. El chico es un genio.

La pegaso se sorprende por un instante, y luego desvÃ-a la mirada y pone una mueca extraÃ±a. Una rara mezcla de asco e indiferencia.

-Bueno, Â¿y que hace aquÃ-? Se supone que deberÃ-a estar en el programa de protecciÃ³n de testigos.

-A eso querÃ-a llegar â€“Dice Barret con una pequeÃ±a sonrisa.- Ha decidido alistarse. TÃº te encargarÃ¡s de Ã©l.

De pronto, la pegaso pone los ojos como platos, y una cara de incredulidad le da vida a su rostro, aparentemente muerto.

-Â¿Â¡Que!? Â¿Â¡El!? Â¡Pero si no tiene ni idea! Â¡No podemos alistar civiles a la Iron Hoof sÃ³lo porque sean hijos de agentes! Â¡Y mucho menos si no han sujetado un arma en su vida!

Barret sonrÃ-e en silencio. Aparentemente disfruta con esto.

-Es decisiÃ³n de Rebel. Si quieres discutir algo con alguien, hazlo con Ã©l.

Ahora en la cara de la pegaso no se ve mÃ¡s que un profundo odio hacia Barret. Tras un momento, se traga su odio, respira y se tranquiliza. Ahora se dirige a mÃ-.

-Escucha chico, no sÃ© porque estÃ¡s haciendo esto, pero mÃ¡s vale que cambies de opiniÃ³n ahora mismo. Esta es una secciÃ³n del ejÃ©rcito que estÃ¡ en un rango muy superior a las fuerzas especiales. Hay ponies que han entrenado toda su vida y aun asÃ- no han estado al nivel de esta organizaciÃ³n. No tienes ni idea de lo que es este sitio. Si tÃº, un pequeÃ±o unicornio de ciudad se mete en esto, no durarÃ¡s ni una semana. Tienes toda la vida por delante y muchÃ-simo que perder, asÃ- que yo de ti, me darÃ-a media vuelta ahora mismo.

Sus palabras deberÃ-an haberme horrorizado. En cualquier otra situaciÃ³n, semejante amenaza habrÃ-a hecho que me rindiera si siquiera intentarlo. Pero ahora no. Tras tomar la decisiÃ³n respecto a mi padre, siento que sus punzantes palabras han pasado por mi cabeza sin llegar a hacer ni un cambio. Puede que estÃ© siendo un irresponsable y que quiera librarme de lo inevitable ignorÃ¡ndolo como si nunca fuera a ocurrir, pero ahora mismo ni siquiera me paro a pensar en ello.

-Lo siento, pero voy a quedarme. â€"Digo, sorprendentemente serio. La pegaso resopla, da media vuelta, y se mete de nuevo en su habitaciÃ³n con un portazo.

-Se llama Hide'n Blade. â€"Dice Barret tras el eco del golpe de la puerta. â€"Es un poco gruÃ±ona y cabezota, pero la acabas queriendo. â€"Y de nuevo, una sonrisa que intenta reconfortarme. Pero estÃ¡ lejos de conseguirlo. No sÃ© dÃ³nde me metoâ€¦

2. Sangre primeriza

**SANGRE PRIMERIZA**

-Â¡Despierta! â€"La atronadora voz de Hide mientras abre la puerta de mi habitaciÃ³n de una patada me sobresalta tanto que doy un grito y me yergo sobre las arrugadas sÃ¡banas como si tuviera un resorte en la espalda. â€"Voy a ir a revisar el resultado de una misiÃ³n, y tÃº me vas a acompaÃ±ar. A ver si asÃ- te haces una idea de cÃ³mo hacemos las cosas aquÃ-. â€"Dice apoyada en el marco de la puerta y con las patas cruzadas, con aires de prepotencia. Adormilado, miro por la ventana, pero afuera estÃ¡ tan oscuro que me cuesta diferenciar entre el cielo nocturno y el oscuro horizonte. Miro el reloj de mi mesita y veo que son las 4:38 de la madrugada. Â¿En serio? Ni siquiera en la universidad tenÃ-a que madrugar tanto. Esto no lo he dicho en voz alta, pero por mi cara, Hide lo ha entendido tan claramente como si lo llevara escrito en la frente.

-Es lo que hay. Si no te gusta, ya sabes dÃ³nde estÃ¡ la puerta. â€"Suelta una inapreciable sonrisa, se gira y se va. EstÃ¡ claro que quiere echarme de aquÃ- lo antes posible, pero no lo va a conseguir. Recuerdo lo que pasÃ³ ayer como si hubiera sido hace un rato.

Cuando entrÃ© en la habitaciÃ³n de mi padre me llevÃ© una gran decepciÃ³n. Tan grande, y tan vacÃ-a. A parte de la cama y la mesita de noche, un neceser y un pequeÃ±o armario eran los Ãºnicos muebles de la habitaciÃ³n, y ambos estaban prÃ¡cticamente vacÃ-os. SÃ³lo unos pocos libros y un portÃ¡til en uno, y algo de ropa vieja en otro.

El resto del dÃ-a me dediquÃ© a hojear los libros, buscando saber

mÃ¡s acerca de los gustos de mi padre, pero sÃ³lo encontrÃ© guÃ-as telefÃ³nicas, libros genÃ©ricos de magia y enciclopedias. Nada que me pueda decir nada de Ã©l. Luego usÃ© su portÃ¡til, que por suerte, no tenÃ-a contraseÃ±a. Imagino que aquÃ- no hay peligro de que te roben. De todos modos, no me atrevÃ- investigar en Ã©l, por miedo a la clase de cosas que podrÃ-a encontrar. Al fin y al cabo, estoy en un lugar invisible a los ojos del mundo entero, y ya tengo mucha suerte de que me hayan permitido alistarme. No me gustarÃ-a descubrir por error un secreto de seguridad nacional y que tuvieran que silenciarme... Todo llegarÃ¡. Lo que necesitaba en ese momento era relajarme y desconectar. Por suerte, y por algÃºn motivo, en mitad de la nada tienen una estupenda conexiÃ³n a internet, de modo que busquÃ© mis canciones favoritas, me puse unos cascos, me tumbÃ© en la cama, y pasÃ© casi todo el dÃ-a pensando. Dicen que me mandarÃ¡n mis cosas dentro de poco, pero hasta entonces, tengo que apaÃ±arme con las escasas pertenencias de mi padreâ€¦ Me cuesta llamarlo asÃ-. Me siento mÃ¡s cÃ³modo refiriÃ©ndome a Ã©l como Gourde, aunque suene raro.

Cerca de las doce de la maÃ±ana, empecÃ© a tener hambre. Es lÃ³gico, puesto que no comÃ- nada desde la noche anterior. Entonces recordÃ© lo que me dijo Barret al enseÃ±arme las instalaciones, y crucÃ© el enorme recinto hasta llegar a la cafeterÃ-a, que por dentro era exactamente igual al hotel. Las paredes blancas ennegrecidas, las mesas y sillas peladas, el suelo arenosoâ€¦ No tenÃ-a el aspecto limpio y saludable que deberÃ-a tener un lugar en el que se reparte comida. Esperaba encontrar algÃºn que otro grupo de soldados conversando en alguna de las mesas, pero la sala estaba tan vacÃ-a que era casi deprimente. CogÃ- lo que pude de una especie de barra libre en la que tampoco habÃ-a nadie para atenderme. Este lugar parece estar muerto. Di una vuelta por todo el recinto, que me llevÃ³ casi una hora, pero en todo ese tiempo tampoco vi a nadie. HacÃ-a tiempo, pero no sabÃ-a exactamente para quÃ©. AcabÃ© volviendo a mi habitaciÃ³n y me quedÃ© dormido de puro aburrimiento. No ha sido un gran comienzo en la Iron Hoofâ€¦

6 : 12 AM

Un conjunto de tres helicÃ³pteros cruza el cielo a toda velocidad por encima de una enorme y homogÃ©nea masa arbÃ³rea. El inaguantable escÃ¡ndalo de los motores rompe repentinamente la tranquila y silenciosa maÃ±ana. Digo maÃ±ana, pero el sol apenas ha empezado a despuntar en el horizonte y a llenarlo todo de una frÃ-a luz anaranjada. Yo en uno de ellos, envuelto en una manta, bebo cafÃ© caliente de un termo. Aunque es la primera vez que monto en helicÃ³ptero, y para mi sorpresa, no tengo nada de miedo. En lugar de ello, sufro en silencio la falta de sueÃ±o y el horrible sonido del motor que se me clava en las sienes.

Hide, en cambio, estÃ¡ realmente tranquila. Se sienta en el borde del aparato y descuelga sus patas traseras, observando el horizonte, esperando encontrar algo. Hace ya mÃ¡s de una hora desde que salimos de la Iron Hoof, y ni siquiera han querido decirme a dÃ³nde vamos. Por el espesor del bosque que hay bajo nosotros, que mÃ¡s bien parece una jungla tropical, dirÃ-a que incluso hemos salido del paÃ-s.

AdemÃ¡s, me han embutido en el mismo traje negro que llevaba Rebel cuando me secuestraron. Es bastante elÃ¡stico, pero se me agarra a la piel como si fuera lÃ¡tex, tanto, que es imposible pinchar el traje

con una aguja sin pincharme a mÃ- tambiÃ©n. Es un material muy extraÃ±o, que casi parece formado por una pequeÃ±a malla de fibras muy resistentes. Es muy aislante, y realmente siento como si no llevara nada puesto. Este debe de ser el traje que llevan los soldados de la Iron Hoof en sus salidas.

Entonces, un agudo pitido me saca de mis pensamientos. Al principio suena muy lejano, pero poco a poco noto cÃ³mo se va incrementando. Miro a Hide, y su cara cambia de repente. Abre la boca para gritar , pero algo la interrumpe. Uno de los helicÃ³pteros junto a los que viajÃ¡bamos, acaba de estallar en una bola de fuego, junto a un sonido parecido al de un trueno. Cae sobre la jungla como un meteorito, dejando tras de Ã©l una enorme columna de humo.

Me quedo en shock. Â¿Es real lo que acabo de ver, o solo han sido los efectos especiales de una pelÃ-cula de acciÃ³n?

-Â¡MEDIA VUELTA! â€“Grita Hide, con todo el poder que su voz le permite. Empiezo a escuchar el pitido de nuevo. Nuestro helicÃ³ptero da un giro brusco que casi me lanza volando, pero no sirve de nada. Siento un gran impacto, un sonido mayor al de antes y un calor sofocante. Noto como nuestra nave empieza a caer girando sobre su propio eje, acercÃ¡ndose mÃ¡s y mÃ¡s al suelo.

Ahora todo estÃ¡ en calma. Me pitan los oÃ-dos y no consigo ver mucho. Que calor haceâ€¦ Consigo vislumbrar una figura. La de Hide. Me ayuda a levantarme, aunque mÃ¡s bien me carga con ella como si fuera un peso muerto. Entonces consigo ver algo. Estamos en los restos humeantes del helicÃ³ptero, que ha quedado en lo alto de uno de los espesos Ã¡rboles que lo cubren todo. Estoy sorprendentemente tranquilo, como si nada de esto tuviera que ver conmigo. Ya estoy consciente, pero no puedo moverme.

Hide me carga en su hombro, y se envuelve en una pata uno de los cinturones del helicÃ³ptero. Poco a poco, empieza a descolgarse, aÃºn conmigo en su espalda. Es entonces cuando consigo ver el lejano suelo, cubierto de piezas de metal y trozos aÃºn llameantes. Miro a Hide. Tiene una extraÃ±a expresiÃ³n. Muy seria, pero a la vez decidida. Sus ojos expresan miedo, su boca, rabia. EstÃ¡ aguantando con una sola pata su peso y el mÃ-o. Puedo ver claramente cÃ³mo el cinturÃ³n se le clava en la carne, como le aprieta la pata, y las quemaduras que le estÃ¡ haciendo la fricciÃ³n. Pero no soy capaz de sentir ninguna emociÃ³n.

Hemos conseguido bajar un gran tramo, y ya veo el suelo mÃ¡s cerca, pero aÃºn debemos estar a unos diez metros. De pronto, el cinturÃ³n empieza a perder su rigidez, se estira unos centÃ-metros, y finalmente se suelta. Hide se abraza a mÃ- y empieza a agitar sus alas desesperadamente, pero seguimos cayendo. Rebotamos fuertemente contra en hÃºmedo suelo selvÃ¡tico, y noto cÃ³mo ya soy capaz de mover mi cuerpo. Milagrosamente, no tengo mÃ¡s heridas que unos pequeÃ±os rasguÃ±os, pero Hide sigue en el suelo, agarrada a la pata herida. Incluso su traje negro se ha rasgado y ha dejado al descubierto la piel quemada. No puedo ni imaginar el dolor que debe estar sufriendo, pero entonces, se levanta como si nada hubiera pasado y me hacha una mirada por encima del hombro. No puedo creer lo que ha pasado en tan poco tiempo. Empiezo a recordar, y siento una extraÃ±a mezcla de emociones, pero sobre todo miedo.

Hide se acerca a mÃ-. Se pone de cuclillas, me pasa una pata por el

hombro, y, mirÃ¡ndome a los ojos, se pone la pata enfrente de la boca para indicarme que permanezca callado, pero tengo ganas de llorar y gritar.

Algo se mueve detrÃ¡s de mÃ-. Escucho pasos haciendo crujir la hojarasca que cubre el suelo. Hide, con la misma expresiÃ³n tranquila y serena, saca un pequeÃ±o cuchillo de hoja corta y permanece quieta. La espera se me hace insoportable. Estoy punto de gritarle. De preguntarle que ha pasado, si ha muerto alguien, o de decirle el miedo que tengo. Pero de pronto, se levanta, y salta como un animal salvaje hacia los arbustos. Escucho un grito ahogado, un quejido, y luego nada.

Ante mÃ- cae una sombra. Un pony. Es bastante grande, y va vestido como un militar. Un chaleco antibalas, unos pantalones militares, y unas botas negras, pero lo mÃ¡s extraÃ±o es que lleva una mÃ¡scara de fumigador, de forma que es imposible saber su gÃ©nero. Completamente negra, con una boquilla para el aire, y con dos grandes cristales negros en los ojos. No entiendo nada. Poco a poco, su chaqueta se empieza a empapar de un lÃ-quido extraÃ±o. Es sangre. Me da un escalofrÃ-o cuando descubro el profundo corte de su cuello, del que no deja de emanar. Oscura, espesa, y de un fuerte olor. Â¿Esto lo ha hecho Hide? Me mareo. Empieza a dolerme la cabeza, y finalmente vomito.

Hide aparece de entre los arbustos en los que se metiÃ³ en un principio, aÃºn con el cuchillo en el casco, y aun goteando sangre.

-Â¿Lo hasâ€¦ matado? â€“Digo a duras penas, con la boca espesa y entre sollozos. Hide me mira por encima del hombro, muy seria, pero puedo apreciar un atisbo de lÃ¡stima sobre mÃ-. Me da la espalda.

-Tenemos que llegar a una estaciÃ³n cercana a aquÃ-. Al parecer, la misiÃ³n para intentar recuperarla fue un fracaso, y ahora nos han engaÃ±ado para hacernos caer en una trampa. Debemos llegar a ella y avisar a los refuerzos. Pero antes hay que inhabilitar esos antiaÃ©reos.

Â¿Me estÃ¡ ignorando? Â¿CÃ³mo es capaz de hablar con esa frialdad despuÃ©s de haberle quitado la vida a alguien? SÃ© que ella sabe lo que estoy sintiendo. Mi cara lo dice todo, pero aun asÃ- prefiere tratarme como un soldado mÃ¡s, acostumbrado a la muerte. Al unirme a la Iron Hoof supe que iba a ser duro, pero pensaba que lo serÃ-a en el sentido fÃ-sico. SÃ© que no he hecho ejercicio serio en mi vida, y sabÃ-a que tendrÃ-a que entrenar mi cuerpo, aprender a disparar yâ€¦ no sÃ©, ese tipo de cosasâ€¦ Pero nunca pensÃ© en esto. Ni siquiera me plantee que tendrÃ-a que ver esto. Observar la muerte en primera persona, y ver ponies matar y morir. Peroâ€¦ es justo la definiciÃ³n de soldado. Ahora quiero irme. Soy estÃºpido.

-Â¿Quieres irâ€¦ -Digo a duras penas- justo en la direcciÃ³n de los ponies que nos quierenâ€¦ asesinar?

-Dustâ€¦ Â¿Quieres morir? â€“Su repentina pregunta, junto a su frÃ-a seriedad, me hiela la sangre. â€“Si te quedas aquÃ-, te encontrarÃ¡n y te matarÃ¡n. Si vienes conmigo, tendremos que matar, pero sobreviviremos, y podremos volver a casa. En mi caso, a la Iron Hoof, y en el tuyo, a tu hogar. Tu nombre no estÃ¡ escrito en ningÃºn lado.

Ni el tuyo ni el de nadie. No hay ningÃºn registro que diga que has pertenecido a la Iron Hoof. PodrÃ¡s volver a tu casa, con tu madre, con tu trabajo, y huir de este mundo. Pero para ello, primero tienes que seguirme, y luchar por elloâ€¦ levanta.

Poco a poco, me levanto, con los ojos hÃºmedos, y las patas temblorosas. Me observa. Mira dentro de mÃ-, y observa mi creciente determinaciÃ³n. Sabe lo mal que lo estoy pasando. Me sonrÃ-e, y solo con eso, sÃ© lo mucho que estÃ¡ empatizando conmigo. De repente, me siento mejor. Veo ahora a Hide de otra manera. Aunque es muy joven, hasta ahora la veÃ-a como una mÃ¡quina. Ahora, parece casi una niÃ±a.

Empezamos a caminar por la espesa y hÃºmeda jungla. DeberÃ-a estar escuhando decenas de aves distintas realizar sus cantos, pero todo estÃ¡ en silencio. A cada paso, crujen las hojas empapadas y las ramas caÃ-das que cubren el suelo. La Ãºnica luz que llega aquÃ- son los tenues rayos de sol que consiguen atravesar el escudo impenetrable de las cumbres boscosas. De vez en cuando, algo se mueve, y ambos nos quedamos muy quietos, a la espera de un ataque, pero siempre resultaba ser una rana o una serpiente. Avanzamos rÃ¡pido, pero en silencio. Hide me ha dejado unos enormes y gruesos calcetines de lana negros, que me llegan casi hasta las rodillas, y cuya funciÃ³n es amortiguar el sordo sonido de los cascos al chocar contra el suelo. Son simples, pero efectivos. De repente, me siento lleno de energÃ-a. Necesito correr, pero no quiero alejarme ni un metro de Hide.

Llevamos unos veinte minutos caminando, cuando, sÃºbitamente, el bosque acaba en un gigantesco claro, en el que, por algÃºn motivo la vegetaciÃ³n no crece y el suelo se vuelve tan yermo como el desierto en el que se encuentra la Iron Hoof. En su centro, se eleva una enorme plataforma de gruesas barras de hierro oxidadas, recubiertas de hiedras y con seis colosales patas de hormigÃ³n. Es una de esas plataformas petrolÃ-feras que se construyen en mitad del ocÃ©ano. Pero Â¿QuÃ© hace en mitad de una jungla tropical? En ese momento, una pregunta que no me habÃ-a hecho hasta ahora brilla en mi mente. Â¿QuiÃ©nes son estos ponies? Y mÃ¡s importante aÃºn Â¿Por quÃ© nos quieren muertos? Sean quienes sean, estÃ¡ claro que Hide lo sabe. PodrÃ-a preguntÃ¡rselo, pero tengo la impresiÃ³n de que este no es un buen momento.

-Debemos entrar ahÃ-. En se pilar debe de haber un ascensor para subir a lo alto, pero es muy fÃ¡cil que nos descubranâ€¦ TÃº no te separes de mÃ-.

Asiento con la cabeza, pero no estoy demasiado seguro de poder hacer lo que Hide me pide. Avanzamos agachados, cubriÃ©ndonos entre los vehÃ-culos que hay aparcados aleatoriamente por la zona, aunque no parece que haya nadie por los alrededores, de modo que cada vez vamos mÃ¡s confiados. RÃ¡pidamente llegamos al mÃ¡s cercano de los enormes pilones que sujetan la estructura, y, efectivamente, en el centro de la pared se encuentra la puerta del ascensor.

No me puedo creer que estÃ© haciendo esto. Hace un par de dÃ-as mi vida era tanâ€¦ normal. Si me hubieran dicho que esto me podrÃ-a pasar, no lo habrÃ-a creÃ-do. Y aquÃ- estoy, con el corazÃ³n a mil por hora, rodeado de ponies armados que no pensarÃ¡n un instante en matarme si me ven. Cada vez que lo pienso me tiemblan las patas y se me empapa la frente de un sudor frÃ-o, pero cada vez que miro a Hide,

tan llena de determinaciÃ³n y tan segura de sÃ- mismaâ€¦ me siento seguro.

Otro extraÃ±o pitido vuelve a sonar, pero esta vez no es continuo, y suena muy claramente, de modo que miro a mi alrededor buscando lo que quiera que lo provoque. Entonces descubro que se trata del ascensor. Alguien estÃ¡ bajando.

-Â¡EscÃ³ndete! Â¡RÃ¡pido!

Miro a un lado y a otro, y finalmente me pongo a un lado de la enorme columna. Hide, por el contrario, se ha quedado quieta justo enfrente de la puerta, preparada como un corredor de cien metros lisos. Si no me matan, me da un infarto.

Las puertas se abren, y al otro lado, otros dos soldados como el anterior, pero de un cuerpo mÃ¡s femenino, salen mientas conversan tranquilamente. Hide se lanza sobre ellas tan repentinamente, que no les da tiempo a reaccionar, y a la de la derecha le da una coz justo en el centro de la cara que la lanza contra la pared. La otra, asustada, pega la espalda contra la pared mientras da un agudo grito. Desde donde yo estoy, no he podido ver lo que ha pasado, pero por lo que oÃ-do, me lo puedo imaginar. Hide me hace un gesto indicÃ¡ndome que ya puedo salir, y me acerco poco a poco. Al girar la esquina, veo a las dos hembras, una de ellas sentada contra la pared y la cabeza colgando hacia delante, goteando sangre por el aparato de respiraciÃ³n. Con la misma mÃ¡scara de ojos negros e inexpresivos que me dan escalofrÃ-os. La otra, tirada boca abajo, como un animal atropellado. Hide me da cada vez mÃ¡s miedo.

Sentamos a las dos en la parte trasera de un camiÃ³n viejo que habÃ-a aparcado cerca, esperando que nadie las encontrara, y, con un poco mÃ¡s de suerte, que no despertaran hasta que no estemos a salvo. Siempre que estÃ©n dormidasâ€¦

-Â¿EstarÃ¡n bien? â€“Pregunto a Hide mientras subimos en el ascensor. Ella me lanza una mirada cansada y, apuntando a la puerta con una pistola, que ha cogido de una de las soldados, me responde en un suspiro.

-La primera debe tener la nariz rota. Si la sangre se coagula rÃ¡pidamente no deberÃ-a haber problema. A la segunda, le he dado un rodillazo en el bajo vientre y un cabezazo contra la pared, pero no le he dado tan fuerte como para hacerle nada serioâ€¦

Su respuesta no me tranquiliza nada.

Finalmente, la puerta se abre. Un pasillo vacÃ-o y blanco. Avanzamos lentamente por la zona, poniendo especial cautela al girar las esquinas. Yo no me aparto de la espalda de Hide, mientras ella irrumpe en salas vacÃ-as y corredores, siempre con el arma por delante. No me puedo creer la suerte que estamos teniendo. Si nos encontrÃ¡ramos con alguien, nos meterÃ-amos de lleno en un tiroteo, y no cabe decir que eso no nos conviene.

No tardamos demasiado en llegar a una sala pequeÃ±a, con un escritorio y un ordenador, enfrente de un gran ventanal, desde donde se ve toda la parte superior de la plataforma, llena de containers oxidados y vehÃ-culos antiguos. Hide se sentÃ³ enfrente del ordenador y empezÃ³ a teclear a gran velocidad.

-Toma. Coge esto y cubre la puerta. â€“Dice sin mirarme, ofreciÃ©ndome el arma. No me atrevo a tocarla. Como si fuera un trozo de metal incandescente. Al ver que no la cojo, me mira con insistencia, y acabo agarrÃ¡ndola poco a poco con cascos temblorosos. Me acerco a la puerta, casi cerrada, y vigilo el pasillo del otro lado a travÃ©s del pequeÃ±o espacio que queda, pero presto mÃ¡s atenciÃ³n a la pistola que a mi labor de vigilancia. Me da respeto. O mÃ¡s bien, me da autÃ©ntico pavor.

-Listo. â€“Dice ella al rato- Ahora los antiaÃ©reos no deberÃ-an ser capaces de detectar nada por debajo de los mil metros, y ya he avisado a la Iron Hoof.

Parece ser que Hide tiene alguna otra habilidad mÃ¡s que desconocÃ-a.

DespuÃ©s de eso, salimos del cuarto, con el objetivo de encontrar una posiciÃ³n desde la que los helicÃ³pteros nos encontraran fÃ¡cilmente. Corremos, ahora mÃ¡s tranquilos, por un ancho pasillo, en el que, en lugar de pared exterior, hay una larga y continua vidriera, que permite ver en todo momento el exterior que habÃ-amos visto desde la sala anterior.

De pronto, Hide se para en seco, y yo me choco con su espalda. Miro por encima de ella para averiguar el por que se ha detenido, y veo alguien, apuntÃ¡ndonos a escasos metros con un gigantesco revÃ³lver. Nos han descubierto.

Es otra hembra, una unicornio, pero esta no lleva la mÃ¡scara negra de los soldados que habÃ-amos visto anteriormente. Es mÃ¡s, no llevaba nada de nada. Era alta. Puede que diez centÃ-metros mÃ¡s que yo. Su piel era de un tono azul oscuro, muy parecido al del cielo nocturno una noche luminosa. Su pelo, en cambio, era de un negro puro, y estaba cubierto de pequeÃ±os topos blancos, que una vez mÃ¡s, hacÃ-a que fuera similar a las estrellas que brillan en plena hora de brujas. TenÃ-a un estilo muy caracterÃ-stico, con un flequillo en forma de remolino en la parte derecha de su frente. El resto de su larga melena caÃ-a por su espalda recogida en una gruesa trenza, al igual que su cola. Su expresiÃ³n facial era la definiciÃ³n de prepotencia. Una sonrisa burlona, junto con sus ojos entrecerrados y sus arqueadas cejas, demostraban grandes aires de grandeza y seguridad.

Sin saber muy bien cÃ³mo reaccionar, echo una mirada a Hide, suponiendo que tenga un plan, o una soluciÃ³n, o que al menos supiera que hacer, y al mirarla a la cara, pierdo las pocas esperanzas que me quedaban. Hide tiene una expresiÃ³n que no habÃ-a visto en su cara hasta ahora. Sorpresa, rabia y una gran frustraciÃ³n.

-Heyâ€¦ yo te conozcoâ€¦ -Dice la extraÃ±a con una voz vibrante y sonora, como la de la actriz de un anuncio de televisiÃ³n, y sin dejar de sonreÃ-r. â€“DebÃ- acabar contigo cuando tuve la oportunidad. Pero ahora, no te librarÃ¡s. â€“Su potente voz se rompe, y su rostro se ensombrece de repente. Sujeta el arma mÃ¡s firmemente que antes, preparada para disparar. â€“Ã•gase justicia.

Todo se mueve mÃ¡s lento ahora. Puedo apreciar la situaciÃ³n con claridad. La extraÃ±a, apuntÃ¡ndonos, dispuesta a matar. Hide, petrificada, y yo, detrÃ¡s de ella. No quiero morir aquÃ-. En un

intento desesperado por actuar, descubro un extintor, de los que ya he visto en varias ocasiones, en la pared, justo detrÃ¡s de la unicornio. Tengo miedo, pero si no hago algo ahora, no podrÃ© volver a casa. Me cubro detrÃ¡s de Hide, de modo que la pistolera no pueda ver mi cuerno, y, con dificultad, realizo un hechizo de levitaciÃ³n sobre Ã©l, pero pesa mucho, y me duele la cabeza. Al principio, apenas se mueve, pero luego, empieza a elevarse sobre el soporte, y lo dejo caer.

El golpe contra el suelo retumba por todo el pasillo. La extraÃ±a gira la cabeza por encima de su hombro en direcciÃ³n al sonido, y Hide aprovecha el momento, lanzÃ¡ndose contra ella. El forcejeo dura poco, y Hide consigue el revÃ³lver, mientras la unicornio acaba en el suelo, con un hilo de sangre brotÃ¡ndole del labio. Hay un pequeÃ±o silencio, pero que parece no acabar nunca, en el que Hide apunta a la atacante a la cabeza, con una expresiÃ³n de profundo odio. Se me hace raro, pero quiero que dispare. No puedo seguir tranquilo tras lo sucedido, y aunque sÃ© que me marcarÃ-a ver un asesinato como ese, estoy expectante, preparado para el disparo, pero no llega. Hide parece no atreverse a apretar el gatillo, y la unicornio lo sabe.

Una sonrisa como la anterior vuelve a llenarle la cara, y, en un momento, Hide sale disparada, atravesando el cristal y llenando el pasillo de pequeÃ±os trozos de vidrio. Choca contra la barandilla exterior, y cae violentamente contra el suelo, como un peso muerto. De hecho, no sÃ© si sigue viva. Me quedo en shock, boquiabierto, mientras la unicornio se levanta tranquilamente, se acerca al borde de la pasarela, me lanza una mirada indiferente, y se deja caer lentamente hacia la zona inferior, donde ha caÃ-do Hide, que ya ha empezado a levantarse, con gran dificultad y dolorida. La unicornio le da un momento para que se recupere, y luego ambas se ponen en posiciÃ³n defensiva.

Primero ataca Hide, lanzando un fuerte gancho que la otra esquiva sin demasiado problema. Luego es ella quien lanza una fortÃ-sima patada a la altura de la cabeza, pero Hide consigue bloquearla con sus patas. Observo el enfrentamiento desde la pasarela, y es entonces cuando pienso en el autÃ©ntico potencial que puede tener una pelea a cuerpo desnudo. No se parece a nada que haya visto anteriormente. No lanzan golpes ciegos a la desesperada, ni tampoco se encogen sobre si mismas para evitar los impactos. Parece una especie de coreografÃ-a. Cada vez que una lanza un golpe, la otra hace un movimiento perfecto para esquivarlo sin que llegue a rozarle, o lo bloquea lanzando un contraataque igual de poderoso. Se trata de una pelea de titanes, donde solo sirve la habilidad y los reflejos. Yo mismo no soy capaz de apreciar muchos de sus movimientos, por la energÃ-a y la adrenalina que respira la escena.

La pelea avanza sin que llegue a haber ningÃºn golpe directo, pero Hide se ve muy cansada y dolorida, y sus movimientos son cada vez mÃ¡s reducidos. Tanto, que su contrincante consigue acertarle un directo y me estremezco. A sido un fortÃ-simo golpe justo en la mandÃ-bula, y Hide cae contra el suelo con la boca llena de sangre. Su contrincante sonrÃ-e, y empieza a elevarla en el aire, sumergida en un tenue brillo azulado. La unicornio agita la cabeza, y Hide choca violentamente contra uno de los containers, soltando un sonoro quejido. Vuelve a hacer un movimiento brusco, y esta vez choca contra el duro hormigÃ³n, con un sonido sordo y terrible. Hide apenas puede mantenerse consciente, y estÃ¡ claro que ha recibido mucho

daÃ±o.

Empieza a retorcerse sobre si misma, abriendo la boca para gritar, pero sin emitir ningÃºn sonido. La unicornio la estÃ¡ estrangulando. Veo en su cara su lucha por encontrar aire, y la dificultad que tiene su cuerpo para seguir moviÃ©ndose. La va a matar, y no puedo permitir eso.

Entonces, un objeto en el suelo, que reluce entre las constelaciones de cristales que cubren el pasillo, me llama la atenciÃ³n. Es el gran revÃ³lver de la unicornio. Sin pensarlo, lo recojo del suelo, y apunto a la atacante de Hide. EstÃ¡ bastante lejos, y ni siquiera soy capaz de mantener el revÃ³lver en alto de lo mucho que pesa, pero no puedo fallar. Si no acierto el tiro, tanto yo como Hide moriremos aquÃ-. Sin pensarlo mÃ¡s, cierro los ojos y aprieto el gatillo. Suena una fortÃ-sima explosiÃ³n, y un agudo dolor en el hombro derecho me lanza al suelo. Es la peor sensaciÃ³n que he sentido en mi vida. Escucho un quejido que no es mÃ-o. SujetÃ¡ndome la pata, me asomo abajo y veo la unicornio de rodillas, con una herida de bala en la pantorrilla izquierda. Hide cae al suelo y consigue mantenerse en pie, aun sangrando por incontables heridas, sin poder respirar, y con los ojos inyectados en sangre y llenos del odio mÃ¡s profundo que he visto jamÃ¡s en el rostro de alguien.

Antes de que la unicornio pudiera reaccionar, Hide ya se habÃ-a arrojado sobre ella, y le golpeaba una y otra vez justo en la cara, con toda la fuerza de la que disponÃ-a en esos momentos. Primero con la pata izquierda, y luego con la derecha, y con tal brutalidad que pensaba que la matarÃ-a ahÃ- mismo. La unicornio dejÃ³ de moverse. Luego, Hide permaneciÃ³ sobre ella unos instantes, para luego dejarse caer hacia un lateral.

-Â¡Hide! â€“TemÃ-a que fuera demasiado tarde cuando lleguÃ© a ella, pero aÃºn estaba consciente. Era un espectÃ¡culo dantesco. Hide, con el cuello morado y todo el cuerpo repleto de cortes, yacÃ-a al lado de su agresora, que tenÃ-a toda la cara y el pecho cubiertos de sangre, con la nariz rota, un ojo morado y un gran corte en la ceja derecha.

-No me dijiste que supieras hacer magiaâ€¦

LlegÃ³ a decir con una voz afÃ³nica, a causa del estrangulamiento.

-Nunca he ido a una escuela de magia, pero se algunas cosas que me enseÃ±aba mi padre cuando lo veÃ-a. â€“Le explico, aunque sÃ© que no viene muy a cuento.

-Â¿Y sabes algÃºn hechizo sanador?

Ya sÃ© por dÃ³nde van los tiros, y me da miedo lo que me pueda pedir.

-Bueno, siâ€¦ Se hacer alguno. Pero estoy lejos de saber curar una herida por completo, y mÃ¡s aÃºn si es una como estasâ€¦

Hide me agarro el casco, y me mirÃ³ justo a los ojos,

-Dust, si no lo haces, morirÃ©. SÃ© perfectamente los riesgos de que lo haga alguien sin experiencia, pero si sigo asÃ-, me desangrarÃ© en

pocos minutos. TÃº intÃ©ntalo. Y, pase lo que pase, no te detengas.

Perfecto. Ahora una vida depende de un mÃ-. Pero si lo que dice es cierto, no hay tiempo que perder. Me concentro, respiro, y realizo el hechizo correspondiente. Mi cuerno apenas se ha iluminado, y Hide ya se estÃ¡ retorciendo en el suelo, dando gritos de puro dolor. Lo siento. Lo siento de veras. Doy lo mejor de mÃ-, pero sÃ© que no es suficiente. Un hilo de sangre brota de mi nariz, y finalmente, me detengo.

-Lo he curado por fuera, pero aÃºn tienes graves lesiones internasâ€¦ Lo siento. â€“He fracasado. Su vida dependÃ-a de mÃ-, y no he podido hacer nada por ella. Empiezo a llorar.

-Tranquilo. Con haber parado la hemorragia me sirve. â€“Dice con una inapreciable sonrisa.

PermanecÃ- junto a ella un buen rato, sabiendo que podÃ-a irse en cualquier momento. Le hice un chequeo bÃ¡sico, mediante las escasas dotes mÃ©dicas que poseo, y deduje que tenÃ-a multitud de huesos rotos, fisuras y hemorragias internas. Nadie habrÃ-a sobrevivido a eso mÃ¡s de diez minutos, pero el tiempo pasaba y pasaba, y ella seguÃ-a consciente. Finalmente, un sonido de motores sonÃ³ en la lejanÃ-a, y los helicÃ³pteros llegaron al lugar. Nos trajeron de vuelta a la Iron Hoof, y se llevaron a Hide rÃ¡pidamente a un quirÃ³fano. A mÃ- me pusieron un cabestrillo para el hombro desencajado, y nos metieron en uno de los pisos del hotel, que habÃ-a sido convertido en habitaciones de hospital. Solo llevo dos dÃ-as en la Iron Hoof y ya he visto cosas que sÃ© que me quitarÃ¡n el sueÃ±o durante meses. Este sitio ya me parece un infierno.

End
file.